

E. Graciela Pioton-Cimetti

CUENTOS

DE

MAREA ALTA

VOLUMEN I

CUENTOS
DE
MAREA ALTA

E. GRACIELA PIOTON-CIMETTI

CUENTOS
DE
MAREA ALTA

VOLUMEN I

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
DANZA Y CANTO RODADO	6
ONASÍN.....	13
TENTACIÓN DE POETA.....	22
LA TÍA.....	37
JUGAR.....	40

INTRODUCCIÓN

¿Por qué *Cuentos de marea alta*? Porque son nacidos en el momento de la marea alta del deseo. Ese deseo que es como una luz y se repite, siendo trayecto entre la pulsión y el fantasma. Son cuentos nacidos de la dimensión de amar, insertados en estructuras arquetípicas, en paisajes inconscientes, siempre vivos, simbólicos e inagotables.

No sé quién los escribe en mí porque yo los estoy viviendo.

Los personajes no desean partir y yo no puedo echarlos porque son mis amigos, mis guías, mis compañeros de ruta.

Escribo estas líneas desde el cuarto piso del 68 boulevard de Courcelles, escuchando música gregoriana.

Un personaje se asoma en el horizonte del deseo pidiendo un espacio, una palabra.

Espero la *marea alta* para engendrarlo...

Paris, abril 1994.

DANZA Y CANTO RODADO

Nicanor supo que estaba envejeciendo porque los muertos se comunicaban mejor con él, y porque cada vez se hacía más numeroso el grupo de los ya embarcados en su segunda naturaleza. Ya no se sentía triste cuando alguien partía, y menos apenado todavía, sí el que partía lo hacía sin aviso, y, en lo posible, sin dejar trazas visibles de olor a hospital, a dolor, a pasaje lento. Siempre le habían dado bronca los sentimientos de los sobrevivientes; que parecían haber amado al muerto tanto, como para no poder impedirse de llorarlo delante de todos los presentes. Nicanor no hubiera podido ser hipócrita, porque había nacido con una estimable proporción de sabiduría congénita. En sus bien cumplidos ochenta años, había sido amado, detestado, puesto en tela de juicio y, no pocas veces, convertido en chivo expiatorio. Felizmente que las dos Guerras mundiales habían ocurrido en el siglo XX. ¡felizmente!

* * *

Nicanor sintió que estaba envejeciendo porque ya no quería saber nada de historias sin transcendencia y de tiempo muerto. Ahora su prioridad era él mismo, en esa otra dimensión de la cual los que se creían vivos no podían participar; porque estaban haciendo lo que él había hecho antes: amar, procrear, mentir y ganar dinero; y a veces, sólo a veces, “ ser humanos ”. El estaba seguro de no haber matado a su madre, aunque algunos se obstinaban en afirmar que fue su carrera en la aerospacial la que había precipitado su muerte. También estaba seguro de no haber sido el causante de la quiebra económica y financiera de la familia. No dejaba de ser cierto que a la muerte de su padre él estaba en la luna; y que, tal vez, su presencia hubiera evitado ciertas irregularidades. Irregularidades que, como por azar, se vieron compensadas por el aumento inesperado de las fortunas personales de sus hermanos y hermanas políticas; quienes, en ocurrencia del deceso, estuvieron bien presentes junto a sus amados cónyuges. Todos sin excepción, parece que lloraron fuerte y sostenido junto al cajón del padre muerto; mientras que, con emoción contenida, hablaban del gran ausente “ Nicanor ” que hubiera podido, con su presencia, evitar la metástasis y consecuente muerte del pobre viejo. Nicanor no estaba allí. Se vieron entonces obligados a cortarle el “ hilo de plata ”, que al parecer se negaba a cortarse sólo. Podemos concluir que fue un parto inducido sobre la base de una concepción eutanásica de la cultura de la muerte.

* * *

Algunos meses después, volviendo de la luna hacia la tierra, en la nave de las 16: 30 se cruzó con su padre. Este le pareció rejuvenecido. Montaba un magnífico alazán, lustroso y de gran alzada. Su padre también lo vio; le hizo un gesto con la mano. El vio su sonrisa ancha y la mirada curiosa y extasiada de los ojos negríssimos. Pensó que debía estar fascinado por esta nueva aventura; porque si bien siempre fue un hombre de profesión, familia y tradición, tanto como buen creyente, tenía como calidad primera el gusto por el descubrimiento, y en consecuencia, por la aventura. Encontró que su padre había, francamente, rejuvenecido. Tenía los bigotes renegridos, y como único equipaje visible una caña de pescar de excelente calidad, su tensiómetro y su estetoscopio. Calzaba botas de caña alta. Nicanor las reconoció como partes de sus recuerdos de infancia.

* * *

Sus padres fueron siempre admirables para él. Su madre bellísima – casi demasiado – morena y tallada como una Madona, pero no en madera ni en mármol; sino en carne y hueso. Su padre era enorme, ágil, silencioso, colérico y despótico. Pero sabía querer y eso lo volvía inolvidable.

* * *

Naturalmente que estaba enamorado de su madre, y tenía fuertes razones para estarlo porque lo había tratado bien y se querían como locos; si, como locos, porque ella era tan inteligente y bella como insoportable y despelotada. El se había salvado varias veces, de pequeño, de desaparecer bajo una pila de ropas diversas – limpias, sucias planchadas o arrugadas – en el fondo del lavaropas,

gracias a su sabiduría congénita. Su carrera en la aerospacial, la había comenzado como chofer, mientras estudiaba ingeniería. Fue después que decidió, siguiendo la tradición familiar, ser piloto de pruebas llegando a comandar, al fin de su carrera, el grupo de asalto a planetas, planetoides y otras cosas por el estilo, que no estaban registradas en el orden cósmico conocido.

* * *

Nicanor prefería desayunar en Paris, en el café de la Paix, mirando la Opera y comiendo medialunas; y cenar en la Costanera, de Buenos Aires naturalmente, en los carritos que a mediados del siglo XX dejaron de ser “carritos” – como los de los heladeros del 2070 – para convertirse en restaurantes de lujo. Según contaba la abuela, esos carritos habían despertado en ella, por primera vez, la pasión y el éxtasis que sólo pueden ser comprendidos por quien haya tenido en su vida la experiencia “choripán”. El choripán no es exactamente una droga, pero entra por los sentidos y produce acostumbamiento, y su ausencia en el tiempo nostalgia. Por eso Nicanor prefería comer en Buenos Aires. Ya no quería sentir en sus tripas el sabor de la nostalgia. Ahora el centro de su interés era él mismo y esa exuberante alegría que le producían sus descubrimientos en el mágico ámbito de su cuerpo aún intacto y vivo, poderoso y fresco. Los espejos le devolvían ciertas imágenes de sí que lo sorprendían: ¿se estaría desencarnando? Porque sólo veía sus ojos como carbones ardientes, y su mirada tan dulce como en sus fotos de niño. El resto parecía diluirse, aspirado en la calma sabiduría milenaria de los ojos del niño. Sí, tal vez, se estuviera desencarnando porque ya no le interesaban ciertas historias ni quería saber de tiempos muertos. Seguro, al fin, de que el hombre feliz nunca tendría camisa, se sentía como “el hombre sin camisa”.

* * *

Es cierto que sentía cosas mirando los ojos de sus tataranietos, pero no tenía necesidad ni de tocarlos ni de guardarlos ni de absorberlos. Le bastaba el encuentro espontáneo de sus miradas; entonces, un proceso de iluminación y gozo sobrehumano se desencadenaba. Recordaba las miradas sin límites que se cruzaron entre él y su abuela materna. Ella le había contado cuentos extraordinarios; le había transmitido, como telepáticamente todo lo que ella había vivido, conocido y amado, y detestado. Su abuela era, como él lo era ahora, una mirada totalizadora en el no-tiempo; que iluminaba escenarios imposibles de imaginar, pero fáciles de comprender si bien iluminados.

* * *

Nicanor revivió esa tarde misteriosa de sus catorce años, en la que hizo el amor por primera vez, como potrillo libre y sano, con una niña de la vecindad con la cual habían leído poesías – el verano anterior – durante los días de vacaciones, sentados bajo una higuera en Estambul. La higuera estaba frente a una iglesia ortodoxa del siglo XII. Ella tenía un vestido amplio, coral y la piel dorada de sol. Habían saboreado café turco, con borra, y leído en la misma; según las técnicas expuestas en un manual escolar encontrado años antes, en unas excavaciones arqueológicas que se realizaban en Buenos Aires, Argentina, en una cierta calle Iberá, como al 3.900 de la avenida Cabildo. El manual no era demasiado antiguo, estaba intacto. Había pertenecido a una mujer, tal vez, a una adolescente. Estaba fechado en el año 1952, algo más de ciento veinte años atrás, no más. En la borra aparecían predicciones válidas por noventa y nueve años, tanto como el derecho de propiedad según la ley. Después había un “cuatro”. No alcanzaban a descifrar si se trataba de generaciones o de encarnaciones, pero sí era seguro que se trataba de cuatro tiempos sobre un mismo sujeto: la danza y el tiempo.

* * *

Nicanor recordó que en esa su primera tarde de amor, estaban acostados sobre el césped del jardín de la casa de los tíos bisabuelos, y que se durmieron exhaustos de deseo satisfecho. O, tal vez, se despertaron a otra dimensión, porque las ventanas de la casa se iluminaron y vieron una escena de los

años 1930. Había olor a madera, ruidos de risas que venían de muy adentro, con sonoridades ventrales. Reconoció a una tía que había visto, ya de edad avanzada, en fotos en las cuales Juan-Augusto, un primo suyo, aparecía recién nacido. Tal vez, no fuera ella; pero sí, ella era porque se le parecía. Ella era la tía bisabuela que fue joven hasta que los vientos de la eternidad la envolvieron con crespones rosa, tan rosa como sus labios que de tanto besar no se secarían nunca. Besar al hombre amado y a los hijos, y a los nietos, y a los bisnietos de los otros, porque nunca concibió ni parió hijos y en la magia de ese instante fuera del tiempo él la tuvo bailando ceñida a su cuerpo, la espalda tensa y las caderas tan ligeras como las piernas; el aliento suspendido siguiendo en un tango sin rebusques el ansia del compañero. Piernas larguísimas, tobillos estrechos, empeines altos, tacones llevados sin esfuerzo, como pegados al movimiento. La espalda derecha, espiga de trigo ondulante y estremecida. ¿Quién hubiera podido tallar ese cuerpo sin traicionarlo? Nadie más que él en una noche más de la casa de Olivos, después del amor y en la reminiscencia mágica.

* * *

Eran los años 1947 o 1948; porque después fueron otros aires de danzas a los que ella no se adaptaría. No podía comprender que los cuerpos se separaran, que cada uno jugara a su propio deseo. Había una niña que los miraba, tal vez, la adolescente del libro de la borra del café.

* * *

La bisabuela prefirió el charleston. Según su psicología y en los años cincuenta el Lambeth Walk, y siempre hubo una niña que los miraba. Nicanor bailó con ella con esa furia ilusionada de los catorce años, con el furor descubridor de su padre. Se había quedado pegado a una estrella mientras sostenía en sus brazos a la amada Cristalina, la niña de Estambul; y por la estrella que parecía no ser fugaz, desfilaban las protagonistas de su historia ancestral.

* * *

De pronto la descubrió, estaba allí como cuando él era niño, la famosa abuela de las comunicaciones telepáticas. Nunca imaginó que pudiera un hombre conocer una mujer así; porque ella no danzaba entre sus brazos, simplemente ella era la danza misma, y a cada giro se transformaba sin dejar de ser ella. Pelo rubio, movimientos de luna transitando la noche, o rápidos como reflejos de sol sobre una cascada. Sí, era un misterio, era la danza misma. En ella convergían los tambores estremecedores del Vudú, las danzas de amor y de guerra de los antepasados indios, el refinamiento aristocrático de los valeses de Strauss y la sensualidad provocadora de los lamentos moros. ¡Y era la abuela! Era ella que le estaba contando una historia, más bella aún que las contadas antes de que él tuviera un año.

* * *

Nicanor entró en el paroxismo del amor, y con su amada primera descubrieron soles y lunas mezclados; salpicados de pétalos de rosas, sangre y miel que caían desde las entrañas de un pájaro marino. Creyeron que el tiempo había estallado. Nicanor se sorprendió porque las agujas del reloj casi no habían cambiado de posición. Entonces apareció otra cosa: una especie de ganas de dormir. Se estrecharon muy fuerte, mezclados los pelos y las transpiraciones. Escucharon alejarse los potrillos fatigados hacia el campo abierto, y se durmieron ...

* * *

Era el atardecer del 13 de noviembre del 2070, como a las cinco de la tarde. Ante la fuerza del recuerdo, Nicanor sintió nuevamente la nostalgia revolverse en sus tripas; pero esta vez no la provocaba el “choripán” sino sus memorias. Como empujado por duendes, Nicanor fue caminando rápidamente hasta el extremo del puerto de Olivos. Su prisa no impedía que sus ojos se perdieran en

las formas esbeltas de las mujeres que lo cruzaban en el camino. Siempre lo atraieron las mujeres porque parecían balancear el alma junto al paso. No todas; sólo algunas. Nicanor sentía la imperiosa necesidad de recuperar a la adolescente ardiente y hacer estallar el tiempo otra vez, No sabía si era embriaguez o delirio, pero necesitaba recomenzar con ella.

* * *

Aceleraba cada vez más el paso; dejó atrás y sin volver la cabeza el río, con su brisa cargada de olores. Su paso se hacía cada vez más rápido. Volvió la cabeza un instante y vio, sintió, creyó haber visto pasar a la mujer del tango: la ancestral sensual, la Venus matadora, sacrificial. devoradora; y no pudo

impedir el revivir a cada paso la sensación de tenerla danzando entre sus brazos. Ceñida, apasionada, y esa cabeza erguida y echada hacia atrás; cabeza que decía no a los besos, y cuerpo que pareció entregarse al sexo. No tuvo necesidad de rechazarla, la comprendió devastadora.

* * *

El camino se acortaba hacia el jardín de Olivos. Otra vez una mujer atravesaba la avenida: el pelo corto, oscuro, los ojos grandes, la boca pintada. Una pequeña muñeca divina y asexuada. Era la muñeca del charleston. Avanzaba la cabeza, los labios sedientos de besos y el sexo sediento de sexo. Mujer fértil, mujer secreta. No tuvo que alejarla, se fusionó en el.

* * *

Y ante sus gas atónitos, que contemplaban al mismo tiempo dos mundos, con una misma pasión y un mismo éxtasis, vio aparecer a la otra, la tercera mujer, la danza misma. Nicanor no caminaba más; comenzó a danzar entregado, abandonado, distante a todo lo que no fuera ese placer intenso.

* * *

Nicanor era el heredero de la abuela porque él sintetizaba para ella el universo de la “nietedad”. No era cuestión de preferencia sino de sentimiento de “similitud profunda”. El no la vio muchas veces, aunque sí tantas como les fue posible, y cuando eso ocurría, más del cincuenta por ciento de la comunicación era telepática. En realidad, estuvieron siempre juntos, aún cuando los padres estaban delante tratando de imponerse como presencias – ni él, ni ella los habían solicitado. Lo importante es que los dos habían tenido siempre la misma edad.

* * *

Cuando se encontraron, se reconocieron y siguieron danzando como cuando estaban en las orillas del río Léthé, en alguno de los momentos de encuentro entre dos vidas. Hacía de eso, muchos siglos en el tiempo de la tierra. Sí, Nicanor había nacido en el Sur del mundo, de tierra fría y estéril; pero de madre caliente y fecunda. Esa madre bellísima y hecha para ser amada, y acariciada, y ponderada fue el primer regalo de su abuela. El nacimiento pasó en la eternidad, los dos solos con su madre, en una estrella fueguina.

* * *

El vino de las orillas del Lecté, donde había conocido a su abuelo materno. Claro que en ese tiempo fuera del tiempo, aún no era su abuelo; pero sí había sido el padre de su madre, y la más bella pasión de su abuela. Ellos se habían amado tanto que habían engendrado hijos que nacieron sonriendo y con los ojos abiertos, sedientos de amor. Los abuelos se habían amado tanto que cuando tuvieron que separarse por causa del cambio de condición y substancia, nunca se extrañaron; porque cada uno llevaba al otro en sí.

* * *

Su abuela eligió el arte como forma de vida y la profesión como fuente de recursos para sobrevivir y ser libre. Bailaba, escribía, pintaba, amaba y creía en Dios. Era lindísima, y espigada, y terrible, e inagotable y apasionada e insaciable. Sabía contar cuentos, vivirlos, danzarlos, explorarlos, comprenderlos a aliento pleno, los pechos henchido de ganas de vivir.

* * *

La abuela juntaba estrellas en los roperos, y era distraída y las perdía, pero reaparecían cada Navidad para adornar los árboles.

* * *

Nicanor y ella vivieron enamorados. Ella era católica y budista y atrevidamente sincretista. Tenía en el cuello el escapulario de san Miguel arcángel, para defenderla del dragón; el cual siempre se acercaba a su puerta desde que ella le había robado el fuego horriante que él hacía salir de sus narices, para hacerse un traje de llamas muy propicio y nada casto, para hacer el amor. También llevaba una cinta roja contra los malos espíritus, sin por ello ignorar que no pudieron seguirla sino hasta los cincuenta años – cansados de tanta actividad se jubilaron. Tenía colgados al cuello, cuando la armonía de los colores así lo permitía, unos corazoncitos rojos que le regalara una Tucumana sobre la playa de Miramar; y un azabache de Colombia traído por una cierta mujer misteriosa, en la cual se mezclaban constantemente los ángeles y las brujas y en quien se manifestaban ciertos bichitos sabios que respondían a preguntas y duendes animalizados, de pies grandes, que sonaban en el techo durante las noches para anunciar presencias de espíritus errantes que provocaban comezones. El azabache estaba suspendido – y no por azar – de una cadena en oro, comprada en un camino de Namibia, en África del Sur, a una imponente negra Zulú que vendía el oro y ciertas piedras semipreciosas, previamente impregnadas de cantos y danzas rituales que, al parecer, obligaban al diablo a mirar siempre hacia el mar, y en lo posible, hacia Angola.

* * *

Nicanor la ciño entre sus brazos embriagado de placer, bailando un tango largo y sensual; y la sintió pequeña pero erguida como los lirios del campo. La niña de Estambul, la mujer de su vida, también tenía el aliento largo, sostenido y calmo; y el deseo que estallaba fácil. De pronto ella se curvó hacia adelante y lo impulsó a partir, a alejarse, pero sólo un poco, lo suficiente como para verse enteros y cambiar de ritmo, de historia y de latitud. Era una cadencia más arcaica, mucho más, como si su piel se hubiera vuelto oscura y reluciente. Tal vez, estarían en la sierras del Baudó cálidas, húmedas y peligrosas; pero sensuales y amnióticas. Se metamorfoseaban los dos. El mar no estaba cerca, no había ni palmeras ni gentes en torno como en las pinturas de Gauguin, pero se sentía que todo era cuerpo, fuerza, instante, negritud. Ella avanzaba y se alejaba de él; su aliento acariciaba su torso desnudo en cada vaivén. ¡Cuanto se parecía la niña de Estambul a ella! La desflorada del jardín de Olivos, su amante eterna, tenía en los veranos lujosos la piel oscura y brillante, y el ombligo como cráter de volcán. El deseo se amparó de él haciéndolos perderse en un desierto de arena blanca y caliente. Habían muros destruidos y piedras grandes, doradas por el sol, y un grupo de palmeras esbeltas apasionándose hacia el cielo; palmas abiertas en oración de acción de gracias. Las gentes vestían ropas casi oscuras, tal vez, negras y una música infinita lo penetró sin saber por qué. Entonces la tuvo otra vez entre sus brazos; pero ella lo dejaba y se alejaba, en una especie de movimiento en espiral; las piernas ahora enfundadas, tanto como las de él, en una especie de pantalones amplios, pero ceñidos a los tabillos. Ella era siempre la misma: la ninfa constante, pero mucho más que eso: mujer, entraña, fuego, danza, reminiscencia, futuro, presente, pasado, rasgo, cuerpo, roce, beso, aliento, flor, sangre; sangre danzando en torbellinos abiertos desde el fondo de los cráteres. Sangre, parto, sueño, cuento, beso, noche, ninfa, encanto. Nicanor volvía a tierra por instantes breves, cada vez más breves; el sexo, el deseo, la niña de Estambul, que tenía el cuerpo largo y generoso como su madre, parecía

estar más cerca, más sedienta de él. Nicanor no pensó, se hundió aún más rápido, y otra vez, en esa danza, vértigo, suspiro, cadencia, abuela, cuento, telepatía, Tierra del Fuego, cuento, Scherazade, beso largo que puede llegar si la danza cesa, si el atardecer llega, si los pájaros se duermen en las frondas.

* * *

La abuela de sus cuentos de niño, Nicanor la sintió entre sus brazos, ninfa constante, mujer eterna, todas las mujeres, ánfora eburnea de altar pagano, cuerpo frágil, bambú, templo oriental. De pronto, Nicanor se acostó sobre el césped de la casa de Olivos, en el sitio del primer amor y el sueño del justo lo abrigó en su dulzura. Entonces, el mundo entero se abrió en su garganta y se despertó otra vez. Tal vez, sería ese su último despertar sobre esta tierra; el tiempo urgía, el calor ascendía de los cráteres. El césped del jardín estaba húmedo, atardecía, casi anochecía. Tuvo un temblor ligero cuando la niña de Estambul lo encerró en sus brazos, lo envolvió en su pelo, lo guardó en su sexo de alborada milenaria. El cielo estalló como aquél día, pero esta vez para siempre. Pasaron las estrellas mezcladas de soles y laberintos. ¿O fueron ellos los que pasaron?

* * *

Los años que Nicanor cargara sobre su historia impidieron que se comentara que había muerto de amor o mejor dicho, haciendo el amor. El jardinero lo encontró hacia la madrugada. Los pájaros cantaban sin fijar su atención sobre el bello cuerpo largo, correctamente vestido. El sol le acariciaba el rostro, aureolando de plata su cabeza. Los pequeños de la familia, los más pequeños, no parecieron sorprenderse, porque ellos lo habían visto pasar. Los hijos de Nicanor se alegraron de su fácil partida. Nunca había estado enfermo ni malhumorado. Es cierto que, tal vez, haya matado a su madre, a causa de la aerospacial, pero no era seguro; porque fue la gran proporción de tiempo pasado en la luna la que le permitió vivir largos años y saber guardar silencio.

* * *

Por otra parte, como siempre fue considerado por el “consejo familiar” como un potro indomable, un marginal, consuetudinario y, por qué no, un original sin antecedentes en la familia – que no fuera su propia abuela, la madre de la famosa madre de la familia, que fuera tan linda como para robarle el aliento a los cormoranos del Extremo-Sur – nadie se sorprendió.

ON AISÍN

Los augures dijeron que el hijo del rey traería estrellas como manto, pero que no tendría cabeza.

Cuando yo nací, mis padres se alertaron creyendo comprender que yo sería negado de fuerza y decisión. Se contaron mil historias sobre mí.

Era el verano y nuestro pueblo pobre devoraba la caza que en la temporada abundaba; y secaba el resto de la carne para el duro invierno patagónico.

Las profecías decían que seríamos los últimos en conocer el Dios-niño que siglos antes naciera muy lejos.

¡Patagonia, extraña y misteriosa! ¡Privación y exceso!

Mi madre me amamantó extrañándose de que yo tuviera cabeza y boca, más aceptando sin ambages ni extrañeza mi manto de estrellas que, a veces, en las noches de Enero, la enceguecía de placer. Mi madre era hermosa, los cabellos lacios y cortos, la expresión angustiada y socavada de espanto porque muy pronto vendría el invierno, y los cielos se apagarían todos, y las nieves caerían en las montañas casi lejanas, y los lagos se helarían, y sólo podrían devorar con humildad la carne seca que colgaba de nuestros techos; salada de sal, salada de vientos de mar.

Ella amamantaría hasta la extenuación el niño-hombre que los augures anunciaron sin cabeza. Yo tenía los ojos negros y agudos como ella, y reía ante su boca ancha haciendo estallar con mi risa estrellas de fuego, estrellas fueguinas.

Cuando los hombres cumplían sus rituales, mi padre me llevaba; estando presente yo, como hijo del rey-cacique, potencia y fuerza nueva.

Las canoas partían en los canales fueguinos y envuelto en pieles de guanaco, mi padre me embarcaba.

Cuando los hombres de la tribu llegaban a verme, yo siempre dormía, pero en torno de mi cuna de rey, las luces de las estrellas, de las lunas y de los ojos de los ancianos de mi tribu brillaban.

Verano suntuoso, carne abundante, mujeres que parían en chozas de pieles. Yo nací en la tierra fría; pero las piraguas portaban luces de fuego en las noches australes, en mi perdido mundo hermanado de los eternos hielos antárticos. Cuando el sentimiento nacía, el silencio se poblaba de rumores, de armonías. Porque el amor crece en todas partes como la hierba buena en las tierras del Norte.

* * *

Un día llegó el otoño frío y despiadado. Mi madre me amamantó, los ojos eclipsados en la luz de mis estrellas. Y me amó sin cabeza, porque sólo para ella yo la tenía, y mis ojos negros no mentían, ni mi boca ansiosa, ni mi cuerpo fuerte que debería soportar esos inviernos a los que, sin saber por qué, ella temía.

Mi madre vino del Norte, de más allá de las cimas altas; escapando hacia abajo de un extraño mal que traían los extranjeros; mal que diezmó su familia.

Fuimos los últimos en conocer la historia de un cierto niño-Dios que en un lugar apartado de mi estrecho mundo había nacido en un retablo y tenía también que ver con una estrella.

Los augures dijeron que yo nacería sin cabeza pero con corazón y manto de estrellas, que caminaría con pies de espíritu viril mundos extraños, y que las constelaciones me brindarían en cada

nueva luna secretos milenarios; que solo hablan a quien está despierto cuando ellas no duermen – y ellas jamás duermen.

Mi madre se perfumaba de esencias campestres, y mi padre, el rey-cacique, guardaba para ella los mejores bocados de su caza. Mi padre era fuerte, fuerte y austero, mi padre era rey y cazaba sin miedo en las noches tibias de nuestro corto verano. Mi padre la amaba aunque ella venía del Norte, porque el Norte traía fuerza y solo podría ella engendrar hombres fuertes.

Muchas noches de amor, yo fui testigo desde el cálido vientre de mi madre, de sus amores pacientes. Apuraban la gloria de sus sexos en el misterio fugaz de sus orgasmos, y aún sin cabeza, yo fui corazón, entraña y vida de ese amor sin fronteras, ni tristezas.

Mi madre sonreía fácilmente, aún más tarde, en los inviernos sin piedad, su sonrisa acompaña mis memorias y sus risas de placer me dan la fuerza, para contar con palabras, lo que amé con mis sentidos.

* * *

Decían los augures que mi pueblo fueguino se extinguiría un día porque mis gentes se volverían tristes y sus copulaciones sin fruto.

A las mañanas sin caza suficiente del otoño se sucedió el invierno. Yo sabía, porque los niños saben lo que los adultos han olvidado, que mi madre se entristecería recordando la hierba buena de sus montañas del Norte.

Mi padre era alto, o tal vez me lo pareciera. Lo recuerdo todavía, y veo en él un gigante admirable. El nos amó y no tuvo miedo. Bebí de las ánforas de su fuerza y de su ley, tanto como de los pechos ricos y jamás exangües de mi madre. Porque aún en mi primer invierno y en mi segundo y aún en el tercero, sus pechos me amamantaron ricos y jugosos, como si los inviernos no fueran sino eternas primaveras para mi gozo y mi fuerza.

Pero mi madre se fue un día, sin decir nada. Fue una noche cálida, la primera tras mi tercer invierno. Y yo no tuve más pecho. Las mujeres del pueblo preparaban para mí, ricos manjares de la nueva caza. Entonces, fui yo que estuve triste y perdí mi cabeza.

* * *

Mi padre percibió muy pronto mi congoja. Por otra parte, a veces, hacia el mes de septiembre, y mientras yo dormía, de mi manto se fugaban ciertas estrellas, dejando huecos de amor que solo podrían ser reemplazados por el nacimiento de nuevas estrellas. Pero estas solamente nacían en las tierras del Norte, de las entrañas de los valles, al abrigo de las nieves eternas.

* * *

Mi quinto invierno lo marcó mi padre sobre la madera de su arco con su cuchillo de caza. El primer día de la primavera nos pusimos en ruta hacia el Norte. Creía yo que él también había perdido la cabeza, pero no era así. Simplemente íbamos a buscar hierba buena en las tierras altas de donde vino mi madre. Hierba buena y ungüentos misteriosos que curan heridas que no se ven porque están adentro del cuerpo y, en apariencia, no sangran, ungüentos para no morir, que deben ser aplicados con fe y pensando bien en aquello que se hace; ungüentos que son inútiles si no los usa quien sabe, y siguiendo los ritos señalados y siempre antes de que sea demasiado tarde.

* * *

Los ancianos de la tribu nos dejaron partir. Para nosotros, para nuestro pueblo no había guerras. Nuestro objetivo era sobrevivir. Hacia el Norte y hacia el mar habían guerras interminables y cruentas.

Nuestro pueblo no tenía nada que defender, según los del Norte, pero en realidad, eso no era cierto; porque en nuestros canales se podía percibir, en las noches más negras, que habíamos acumulado miríadas de estrellas en sus aguas hondas que se pasaban de generación en generación. Un tesoro de gran valor. Para alcanzarlo, era necesario hundirse en las líquidas profundidades sombrías.

Nuestro tesoro era tal que quien accedía a él ganaba la eternidad, es decir que no moría más, además para alcanzar el tesoro, hay que ser fuerte de ingenio y reflexión, y saber que lo que se busca es lo que se quiere encontrar.

Algunos habían osado desafiar las prohibiciones de los ancianos; porque estos se oponían a toda búsqueda que consideraban insensata.

Yo no tendría nunca deseos de alcanzar el tesoro en las profundidades; porque había nacido con él sobre mis espaldas y solo me sería necesario adquirir cabeza para comprenderlo. Pero eso vendría simplemente, si encontrábamos la yerba buena y el unguento que cura las heridas que no se ven.

Los vientos se desataban cada vez que nos aproximábamos al mar, pero de pronto cesaban como habían comenzado. Los elefantes marinos se reproducían en las playas, inmensas, interminables. Eran animales grandes, que hubieran hecho las delicias de nuestro pueblo. Había focas y pingüinos, y caracoles vacíos que se dormían sobre la arena ardiente. Hacía calor, los perfumes del viento cambiaban a cada paso; a cada paso de mil leguas, naturalmente.

Mi padre no hablaba mucho, pero al atardecer hacíamos campamento y junto al fuego, nuestro fuego que alumbrábamos sin nostalgias, porque si bien nos recordaba nuestro pueblo, no se lo habíamos robado, sino que lo llevábamos con nosotros hacia el Norte, para asegurarnos protección, cocción e iluminación.

* * *

Volvimos porque teníamos que volver. Un poco como se terminan los sueños, porque hay que despertar. Los aires del Norte venían cargados de guerras. A mi padre, por alguna razón, lo vi falto de coraje para seguir, tal vez se diera cuenta de que ya no encontraría a mi madre en el Norte, sino, simplemente hierba buena y ese unguento para curar las heridas ocultas. El no parecía creer en los remedios milagrosos, y prefería viajar al interior de sí mismo para curar sus heridas; y digo sus heridas, porque no era solamente la partida de su mujer, mi madre lo, que lo apenaba; sino la impresión de un nuevo orden de cosas que pronto nos alcanzaría también a nosotros. Fuimos entonces a recuperar y a vivir lo que restaba de alegría virgen en nuestro pueblo pobre. Antes de comenzar nuestro viaje, yo sabía que pronto regresaríamos.

* * *

Nuestras leyendas indicaban que no era bueno partir, que se debían aceptar las leyes eternas e inamovibles y que los cambios se darían no a través de nuestra partida, sino de la llegada de otros que aportarían vida y muerte, verdades y mentiras, alegrías y penas.

Y, tal vez, un Dios nuevo que se revelaría en el interior de cada humano para hacerle comprender que ciertos problemas pueden solucionarse y otros no.

* * *

En nuestro pueblo, la mujer era al mismo tiempo amada y temida. Según antiguas tradiciones yamanes los animales de la tierra y del mar se habían originado o descendían de aquellas mujeres que, reunidas durante mucho tiempo en la “ gran cabaña ”, centro del mundo, habían engañado a los hombres, imponiéndoles una dura servidumbre.

Al descubrirse el ardid la mayoría fue muerta pero algunas consiguieron escapar y se transformaron en animales. Pero el tiempo vendría de descubrir el valor de las mujeres que daban hijos en sus períodos posibles y enseñaban más tarde, en su vejez, los secretos del alumbramiento y la crianza a la más jóvenes.

Una historia contada por generaciones ayudó a comprender y a respetar a las mujeres, porque sin duda, de sus estados de ánimo dependía su fertilidad y consecuentemente la sobrevivencia de nuestro pueblo.

Dicen que un día, después de un invierno muy crudo un hombre divisó una ibis volando sobre su cabaña. Comunicó a gritos la novedad a sus vecinos, puesto que la llegada de la ibis anunciaba la terminación de la época del frío. Todos los habitantes de la región se alborozaron con la noticia, y con gritos estentóreos manifestaron su alegría.

Esta bulliciosa manifestación molestó a la ibis que era un animal muy delicado y que por ende deseaba ser tratado con toda formalidad. Muy enojada se alejó del lugar e hizo caer una formidable helada, y decretó la continuación del invierno pero aún con mayor rigor.

Grandes nevadas azotaron la región, cayendo la nieve durante días enteros. El descenso de la temperatura fue tal que el mar se congeló y toda la tierra se cubrió de hielo. Los habitantes de nuestro pueblo yamán no podían abandonar sus cabañas ni tan siquiera para recoger leña que, por otra parte, ya escaseaba.

Como el mar se había congelado no había más pesca, el hambre sobrevino y muchas gentes murieron lentamente pero tal vez sin dolor, porque el frío da sueño.

Me pregunto ahora, tratando de hacerlo sin nostalgia, si mi madre exhausta murió de frío tratando de entregarme su calor. Creo que ese tipo de preguntas me seguirá toda la vida, pero estoy seguro de que la respuesta vendrá un día, cuando a mi vez, yo tenga mujer e hijo y pueda ver a esa mujer, ser madre. Me pregunto por qué los hombres no podemos saber lo que es ser madre. De todas maneras, no es con la cabeza, que no tengo, que seré capaz de responder a las grandes preguntas, sino con el corazón, que si bien no puedo verlo sé que existe porque late, siempre igual; bueno, no siempre igual; hay momentos en los que algo se me estruja adentro, y el ritmo se acelera; a veces cuando la primavera está en el aire y presiento que la vida posee un secreto y que algo promete; o cuando, en gran silencio esperamos que el animal se aproxime para cazarlo, a veces también, mirando el tesoro en el fondo de los lagos, mi corazón se acelera y desearía apasionadamente hundirme en las profundidades y rescatar una estrella. Entonces debo contener mi impulso y mi corazón se acelera y a veces llora sin ruido, porque esa búsqueda en las profundidades tal vez me permitiría comprender y conocer la inmortalidad que otros adquirieron en la búsqueda del tesoro sin regresar jamás. Tal vez encontraría a mi madre. Mi corazón llora. En él está mi cabeza, no puedo pedirle a los otros que la vean, porque es solo un mascarón de proa que me permite ser reconocido y respetado. Hijo de cacique, poder y fuerza, organización y mando. Mi mirada debe ser neta e invariable, mi gesto seguro para dar confianza, mi palabra firme y no temblorosa o indecisa al ordenar.

* * *

En cuanto a la ibis, mujer sensible, trágicamente poderosa, le llegó su tiempo de apaciguarse y quiso volverse clemente, y así de pronto llegó el calor, un sol radiante volvió al estado líquido el agua del mar y el hielo. La ibis, como toda mujer, era excesiva y es nuestra cuestión de hombres encontrar

el punto justo para no excitar lo excesivo en la mujer, porque una mujer es una especie diferente del hombre. Necesita ser considerada para ser feliz y dar lo bueno; si no se desprende de ella la destrucción y la muerte. Es cierto que somos los hombres quienes hacemos la guerra, quienes cazamos y desangramos los animales; pero en el origen de las guerras es frecuente encontrar mujeres que las provocan y que nos envían a la muerte. Es para comer que cazamos; pero ellas están en nuestros sentidos cuando lo hacemos porque debemos protegerlas.

En fin, era tan grande la cantidad de hielo acumulado que el calor solar no alcanzó a derretirlo en su totalidad. El nivel del mar creció hasta cubrir toda la tierra con excepción de las más altas cimas de las montañas. El sol era tan caliente que los árboles en las alturas se calcinaban. Es por eso que desde entonces las altas cimas carecen de vegetación y que las mujeres, en nuestro pueblo, son cuidadosamente celebradas para evitar las ruinas del mundo y las guerras del alma.

* * *

Mientras volvíamos cargando el fuego, sentíamos sin decírnoslo que nuestra pena aumentaba legua a legua. Túrbales, arroyos, silencios, tierra sin relieve; más tierra, más relieve, más silencio. Cargamos el fuego de nuestra creencia sin sentir la evidencia de la existencia de ese algo en el cual creíamos. Ni madre, ni mujer, ni hierba buena. Sólo tierra que se cae en el agua de los lagos, hacia el Sur.

* * *

Klok fue mi amigo. Pero no como los otros, con los cuales se juega, pero no se dialoga. Una tarde de octubre se acercó tímidamente. El sol brillaba sobre los campos verdes. Desde los matorrales avanzaban los olores lujosos de la primavera, caliente, húmeda, sensual hasta despojarnos de un sólo hálito de los recuerdos de invierno. Yo tenía doce años y me preparaba, no sin angustia, a las ceremonias de iniciación que marcarían mi entrada a la vida adulta. Klok también lo haría; entraría conmigo y con otros en la cabaña de los hombres. Entraríamos como niños para reinsertarnos en la vida como adultos. Muchas dudas, cosas que pasaban en el corazón de los dos y que nos llevaban a cuestionarnos recíprocamente impregnaban nuestros diálogos.

Concluimos que el pasaje representaba para ambos una serie de consecuencias para las cuales no estábamos preparados.

Al entrar en la cabaña de los hombres para la iniciación deberíamos aceptar los secretos de la misma que naturalmente no podríamos compartir con las mujeres, dado que de ese mundo viril, ellas estaban excluidas; porque como ya lo he dicho, en un momento, al principio de los tiempos, ellas habían sometido a los hombres a la servidumbre. Estos se revelaron y trataron de liquidarlas completamente; cosa imposible naturalmente; y según Klok y yo, bien injusta. En mi caso por falta de madre y en el suyo por exceso de madre considerábamos y admirábamos a la mujer.

En fin, que al interior de la cabaña, cada año los hombres gritaban fuerte haciendo creer a las mujeres que eran espíritus de fuerza y de venganza. Había que asustarlas anualmente para que no se rebelaran. Eramos nosotros que nos rebelábamos: Klok y yo.

* * *

Las noches de fin de octubre eran breves. Acostumbrábamos a partir hacia los canales para contemplar nuestro tesoro. Era Klok el de las ideas; yo trataba de seguirlo en sus razonamientos, pero a veces me perdía tratando de recordar mis sueños. Porque soñaba, no con carne abundante sino con la eternidad. La mayor parte, sueños despierto, pero no todos. Mientras dormía, y yo lo sé bien porque la muerte y el sueño son hermanos, mi madre reaparecía agradablemente; y yo me despertaba

reconfortado, listo a tomar mi arco y acertar a un petrel en vuelo, hacer el fuego, asarlo y comerlo. Klok disfrutaba de mis momentos alegres y compartíamos caza y risa.

Una noche, desde la parte más alta de un acantilado, Klok apuntó a una estrella. Yo no estaba lo suficientemente presente como para evitarle el gesto y el consecuente remojón, porque largando el arco se cubrió la cabeza esperando el estallido de todos los mundos junto a la caída de la estrella a la cual, sin duda, él creía haber acertado.

No pasó nada. El trató de alcanzar en el fondo del lago la estrella caída sin ruido. El se aproximaba, pero ella se alejaba o se diluía en las aguas que antes habían estado quietas y ahora tumultuosas por los movimientos desordenados de Klok.

Salió como pudo, y yo no lo ayudé. Algo como rabia me impregnaba; ¡pretencioso de bajar estrellas sin ser ni Dios, ni adulto, ni cacique!

Klok trataba de recuperar la dignidad. Sin comentarios, volvimos hacia el poblado. El amanecer comenzaba y las estrellas con renovada precisión se ocultaban. La historia no volvió a repetirse. La iniciación se avecinaba y yo descubrí lágrimas en los ojos de Klok. Tendríamos que alejarnos indefectiblemente del mundo de las mujeres.

* * *

Tan cansado estaba que lo hablé con mi padre pensando que él sentiría horror de mí. Pero se quedó en silencio y sentí algo del orden de la participación. Le pregunté entonces desde cuándo en la creación y por qué el hombre y la mujer se habían convertido en antagonistas. ¿Qué había pasado para que las mujeres sometieran a los hombres a la servidumbre?

“ Los hombres – me respondió – miran para arriba y las mujeres para abajo. Las miradas se encuentran cuando derivan en el mismo sentido. Desde el todo tiempo, los hombres tienen nostalgias del sol y las mujeres de la vida subterránea. Las mujeres miran hacia abajo sus vientres plenos del hijo, así también lo amamantan, así cosen los cueros, limpian las chozas, preparan los alimentos y hacen la familia. El hombre era soñador y desordenado; perdía el sentido de la ubicación siguiendo el vuelo de los pájaros a los que envidiaba la libertad. La mujer tuvo que reducir al hombre para meterlo sobre la tierra a tener prole, tribu y choza. Entonces se volvió dura porque debía cuidar la continuación de la especie. Los hombres se rebelaron de ese yugo ”.

La voz de mi padre se llenó de emoción y ternura: “No creo que las hayan matado, sólo las redujeron, pero las obligaron a devenir feroces como las bestias de los matorrales para defender su cría”. Un silencio largo se produjo entre nosotros. Sentí que él también en su tiempo se había rebelado y aceptado con dolor la ley del adulto.

Una paz muy grande reemplazó a la angustia. Klok y yo nos aprestamos a la iniciación sin sentir que por ello dejaríamos de ser humanos, niños, hombres, viejos, en el sin tiempo de existir.

* * *

Onaisín vino del Norte; pero no su nombre. Onaisín se llamaba Dolores – india hasta las entrañas – fue bautizada en la nueva religión; la religión de los hombres que intentarían, a fuerza de cruz y palabra, detener las guerras. Onaisín se llamaba Dolores: los cabellos largos y la sonrisa fácil; diferente de nosotros. Quemadas sus alegrías en las rutas inmensas del desarraigo poseía, sin embargo, entereza. Trató de decirme algo cuya fuerza sentí pero cuya amplitud se me escapaba.

* * *

Yo tenía al fin, mis años dignos de tomar mujer; entonces Dolores y yo nos acercamos porque ella venía del Norte y mi padre y yo, así como mi pueblo, nos retirábamos de más en más hacia el Sur.

El Norte... ¿Cuál Norte? ¿El de mi madre? ¡no! El Norte de Dolores que era próximo. Norte de las guerras crueles que los hombres de la cruz trataban de apaciguar, pero sin conseguirlo verdaderamente. Sin padre ni madre, abandonada a su suerte pero con fe nueva. Llegó con los blancos, por la parte norte de la Isla Grande de nuestra Tierra del Fuego. Su pueblo, porque muchos vinieron hacia nosotros y adoptaron nuestros hábitos de vida, venía de una península entre el mar grande y las serranías interiores. Fue así como el Ona se integró al Yagán y cruzó sangre y vida con nosotros.

* * *

La percibí un día entre los nuevos venidos, envuelta en pieles claras de guanaco, lo que hacía resaltar sin duda el cobre rojizo de su piel de niña. Era pequeña y ágil, esbelta y buena cazadora; nunca perdía una flecha. Sabía correr contra el viento para que la presa no la olfateara. Los perros la seguían a través de bosques, cerros, túrbales y arroyos. Las mujeres de nuestro pueblo no cazaban, ella sí.

Yo la sentía poseedora de una vida oculta y subterránea. Amante de los crepúsculos y del fuego, se sentaba en silencio. Las llamas jugaban iluminando la pequeña cruz de su cuello, yo me ponía en la sombra para mirarla intentando comprender por qué su silencio me intimidaba más cuando estaba quieta, tan quieta que casi inmóvil.

Ella me miraba y sólo penetraba en mis ojos. Ella nunca ignoró que yo no tenía cabeza. En sus silencios quietos sus ojos interrogaban las llamas. Ella no tenía miedo. Ella me tenía miedo. Yo la miraba desde las sombras que venían de la noche, más allá del centro de la hoguera. Las tinieblas desde las cuales la observaba, eran como las de las cavernas que a mí me apaciguaban. Ella aceptó mi manto de estrellas y yo derramé en él miradas sinceras que llegaron hasta ella, miradas de amor nuevo.

* * *

Pronto me di cuenta de que Dolores ignoraba los secretos del agua y las canoas. Y así la llevé al mar. Sus ojos se agrandaron viendo el fuego de la canoa reflejarse en el agua de los canales. La llevé lejos porque ella no tenía miedo, y le mostré el tesoro, nuestro tesoro. Sentí que hubiera querido largarse a la búsqueda de la estrella más próxima, y con firmeza la detuve. Mi corazón latió fuerte. Ella supo entonces que debería obedecerme.

* * *

Los inviernos no la entristecían; claro que con ella llegaron acontecimientos: una ballena se varó en las costas del mar y hubo un largo, y aún más que un largo invierno sin privaciones. Los petreles y las aves marinas abundaron entonces, y hubo comida y gozo. Mi padre nos miraba crecer juntos.

Algunos de los ancianos se fueron y otros los reemplazaron. Se fueron a los cielos altos, hacia la luna grande que habita mi madre; al irse llevaron en parte el secreto, de mi falta de cabeza. Los augures no volvían sobre mí, hijo de cacique, sangre y fuerza; mi presencia imponía respeto y silencio; mi corazón enmascarado se expresaba en la fuerza de mis gestos.

* * *

Mi pueblo amaba la risa y también la paz y la continuidad. Cuando la tomé por mujer, yo le cambié de nombre a Dolores. La llamé Onaisín – tierra del fuego – pero ella siguió siendo cristiana y teniendo recuerdos.

Onaisín tenía los brazos ligeros y lisos. En las noches de invierno cosía cueros de guanaco junto al fuego. Su choza era limpia y seca. De su pueblo había aprendido a cambiarla de posición fácilmente, a obstruir la entrada cuando las lluvias torrenciales caían o la nieve.

A mi vez, sentí que yo debía obedecer algo en ella porque lo que ella había descubierto cuando la bautizaron los blancos con el nombre de Dolores, le permitía quedar firme cuando la borrasca del mar avanzaba, cuando los inviernos crueles amenazaban con exterminarnos.

Onaisín hablaba de fe, de esperanza; hablaba sin parar de cosas lejanas: un establo – casa grande para mí que sólo conocí la choza, porque en los campamentos del Norte, sólo recuerdo de aquel viaje con mi padre, humareda de muerte y miedo. Un establo, un niño nacido Dios; un niño cuyo nacimiento lo marcó una estrella. Ya grande murió en la cruz. Dolores decía que para salvarnos, para darnos la inmortalidad, para que no nos pudriéramos como los restos de los corderitos devorados por los cóndores, debíamos creer. Dolores hablaba de salvación; pero su Dios estaba muerto. No! había resucitado y hasta ido al cielo, hacia el gran cielo de la gran luna donde habita mi madre.

Portando su signo la inmortalidad podía lograrse sin necesidad de hundirse en las profundidades para comprender las estrellas. Pero para que el símbolo de la cruz del niño eterno esté vivo debíamos tener niños y contarles la historia y bautizarlos en el nombre de esa cruz.

Creo que el niño del establo tampoco tenía cabeza, pero sí corazón.

* * *

Yo aún sigo cargando la inmortalidad de mi manto de estrellas mientras veo mi pueblo extinguirse y sus copulaciones sin fruto. Vi partir a mi padre y a Onaisín hacia la gran Luna. Ella se fue sin jamás tener el niño al que quería bautizar en nombre de la cruz, pero no por eso dejó de creer que la inmortalidad existe en las profundidades de las entrañas de una mujer y luego en la gran luna.

* * *

Yo estoy aquí, yo quedo en el sin tiempo, testigo vivo de mutaciones asombrosas, contador de historias eternas que se remontan al nacimiento de los fuegos en las entrañas de la tierra. Yo soy testigo de un Dios enorme, con quien mansamente comparto mis estrellas...

TENTACIÓN DE POETA

I

Alcohol, sueño, sí, sueño soñar mucho, hasta que los párpados se caen en una turbia soledad de besos no dados, fuertemente imaginados. Pasión sin resolución ni objeto en una noche larga de un suntuoso departamento, erguido sin miedo en un tercer piso de un hotel particular perteneciente a un aristócrata sin rey que, cansado de esperar que el soberano vuelva, cedió paso al poeta para él mismo morir sin heroísmo en un lecho con historia. Sueño del poeta, pasos leves de la amada sin nombre, cartas desmanteladas en un exceso de recuerdos y en medio de ese tráfigo de formas que alucinan y tientan y se acercan, el fragor de una tormenta más que meridional en un París sin tiempo, que ni siquiera atina a desbocarse. Sobrio como la muerte. Tentador como el infierno de Dante. Exquisito como tu amor que busco en alguna parte, mientras la fatiga me estropea las entrañas y quiero soñarte y me cuestas tanto porque tu eres sobria como la ciudad, pero tentadora como el infierno y aún más frágil, mucho más frágil que yo, que llevo siglos de soñarte y de tenerte entre mis brazos, mientras mis pensamientos te imaginan poseedora de esos tus ojos tan largos como los de la mujer del poema de Neruda.

Yo te conocí y fuiste más mía que mi vida. Tentación de poeta: frustrado y solitario, contemplando tu nuca inclinada sobre tu creación. No hubiera podido turbarte. Lo tenías todo en tu insólita cabecita redonda y añorada, que no se terminaba nunca porque tus pelos no cesaban jamás. Revueltos, dispersos, ordenados. Una extraña pulcritud de oro a mil quilates exaltaba esa increíble prolongación de tus austeros e inteligentes pensamientos de mujer eternamente virgen. No, fue demasiado, siempre tenías algo que hacer, que concebir, que crear y de pronto te estirabas sedienta de deseo sobre el lecho pidiendo como si nunca hubieses estado ausente.

* * *

Tentación de poeta: comprenderte porque aún hoy no te comprendo y vuelvo a deshacer el inmenso ovillo que juntos madejamos. Te conocí en otoño. Tenía yo tantos años como tú, pero mil más, mil más de soñarte. Te habían ensillado un alazán y yo volvía de campo abierto, el caballo tan sudado como mi alma de soñador impenitente. Era casi noche. ¿Qué hacíamos los dos allí?

Jugabas con esa pasión sincera que te caracteriza, un rol que convenía a tu heroica naturaleza. Las hojas de los árboles caídas sobre el pavimento hablaban de soles muertos, de veranos lujosos y destruidos. Todo estaba húmedo. No se, tal vez, llovía. Yo me puse a desensillar y limpiar el caballo, sus cascos y todo lo demás. Yo lo rasqueteaba lentamente, ciudadano entre dos mundos: el del caballo con sus necesidades y el tuyo, el tuyo, el tuyo: carmín, fresa, noche, beso, crimen, cortina, lecho, viento, tules, lecho, más lecho, más cortina, más deseo, imperioso deseo. Yo no te llamé, viniste. Rauda, sin empacho, los ojos dorados como el pienso y esa manera de desear de urgencia que yo nunca había conocido. No se qué se hizo de tu alazán ensillado. Sólo más tarde recuperaríamos el aliento y los caballos. No se si los adoquines estaban fríos porque tu cuerpo quemaba graciosamente. ¿Por qué me abrazaste en otoño? Hubieras podido hacerlo en invierno, sobre el campo nevado, pero en campo abierto, no allí. ¿Por qué ese beso y ese deseo y esa urgencia del aquí y ahora, que sólo mucho más tarde pude aceptar y desear y amar yo mismo?

* * *

Tentación de poeta: justificar, descubrir, intentar, dramatizar, explicar, soñar. Finalmente hubiera sido necesario aceptar la esclavitud, rendirme a tu deseo imperioso, a tu urgencia, sin intentar llevarte sistemáticamente, aludiendo razones, hacia mi mundo de torturado silencioso. Sí, vos tenías los ojos limpios y la fuerza estremecedora de los que saben desear sin más trámites, sin decirse que el olor de los caballos es excitante o que el otoño erotiza.

Había un río cerca de la ciudad, un río sin pretensiones como vos y una casa grande y un lecho y tu amor que quemaba y mi silencio de no intentar comprenderte.

* * *

Tentación de poeta: la larga pereza, el aburrimiento permanente, una fatalidad sin vida, un romanticismo sin fronteras.

Y sin embargo te quise y te di mi alma y aprendí a esperarte mientras creabas y creabas. Tu nuca inclinada y ese mundo de tu realización en el que si bien no me impediste penetrar, yo no osé hacerlo.

Tentadora y excesiva. Tal vez, no supieras de la vida más que yo, ni menos. No lo se, pero la maneabas sin ambages. Sabías el sitio exacto de la caricia deseada y me llevabas hacia la realización sin pena alguna. Tentadora y excesiva, fuente de sueños aún entre mis brazos, de deseos simples y tiernos, que jamás antes la vida me llevara a conocerlos.

Había un río y una casa y un lecho, un lecho duro como el camino empedrado que lleva al paraíso. No hablabas demasiado. Siempre fuiste escueta aunque no reticente. Contigo no había sino discursos serios, medidos, deslumbrantes, de tu sabiduría milenaria – no era posible que hubieras aprendido tanto en los años de tu vida – ó la pasión, pero una pasión sin fuga ni exceso. Pasión que dejaba absorto y sin fatiga.

Desenredo el ovillo sin que él pueda dejar de ser enorme y te escucho otra vez discutiendo de Hegel, tan lejana como en un estrado magistral. Nunca lo percibiste, pero tu inteligencia me estremecía tanto como tu sensualidad de mujer absoluta. Te sabía tan fiel como a mi perro, mi perro que te amaba tanto como yo y te entendía sin dudas mucho más.

Yo los veía a los dos como miembros pertenecientes a una misma clasificación zoológica. Discutían como niños por una medialuna y él sabía escuchar y diferenciar el ruido del motor de tu auto cuando llegabas y se volvía como loco y abría las puertas y nuestra dueña y señora llegaba inundando de actividad nuestro mundo de hombres solitarios y taciturnos y de amor también. Entonces, nos volvíamos alegres.

Nos amamos mucho tiempo. Tal vez, nos amaremos siempre, pero ya no estás. Yo me fui en invierno sin anunciar mi partida. Tal vez, temeroso de un último amor, de un último deseo. Ni siquiera te despertaste. Como los niños sólo te despertabas para crear hasta el agotamiento de tu inspiración.

A veces, durante la noche, escapabas de mis brazos que ahogaban tu creación, para escribir un poema o una de esas tantas cartas de amor que me enviaste y que yo no supe comprender. Las cosas materiales te interesaban sólo lo necesario. Ganabas tu vida sin esfuerzo, con el talento natural de los que saben obtener lo que necesitan y no más.

Me fui en invierno, cargada el alma de justificaciones y mentiras para no volver.

* * *

Tentación de poeta: saber que nunca me borrarás de tu cuerpo, ni de tu alma y que si amas sólo será tratando de hacerte creer a vos misma que me has olvidado. Pero eso no es posible. ¡Nuestro amor fue tan largo en el tiempo y tan corto de tan bello! ¿Por qué ese atardecer de otoño? Sabías sin duda exactamente lo que querías...

Creo, en tu honor, que lo intentaste todo. Pero me pediste la eternidad y yo muero mil veces cada día en mi angustia de poeta que se aburre de su pereza ancestral y de su manera sin brío de juntar estrellas e hilvanar palabras.

* * *

Tentación de poeta: recordar el ruido del riacho, interpretándolo como un torrente de montaña y pensar que aún estás conmigo, envuelta en tu espeso chal blanco, junto a mí en el auto, subiendo la cuesta hacia el balón de Alsacia. La ruta está resbaladiza. Te digo que retrocedemos, trato de darte miedo y te aseguro que si no me quieres partiremos juntos al abismo. Se que no quieres partir, pero te veo reflexionar un instante, porque el deseo de partir juntos te seduce. Recapacitas. Todo está blanco de nieve en torno y hay pinos de un verde eterno y me dices que me quieres. Comprendo que no sólo lo dices sino que también lo sientes. Tu deseo me embriaga. Volvemos, es la tarde, anochece, la calefacción está muy alta , o soy yo que la siento quemarme? Y volvemos a la casa junto al río y se que tienes miedo de que un día... En fin, tal vez, yo no hubiera debido darte miedo. Evocar en ti un final en el que separados o juntos sería, sin embargo, un misterio y un final. Te encuentro misteriosamente distante. Me tocas con dolor, te consuelo. Eres mucho más frágil que yo, porque yo siempre te tuve entre mis brazos. Aún antes de nacer ya fuiste mía y no se en que mundo nos dejamos, pero te reconocí en ese anochece tibio. Tu miedo me recuerda algo que está impreso en mi carne o, tal vez, en mi esencia. Esa tarde de otoño viniste a mí a reclamar la continuación de una existencia en la cual, tal vez, ya nos hayamos amado. Te atraigo al final hacia mi ritmo, te calmo. Hay algunas lágrimas que ruedan sobre mi pecho. Tal vez, sea este nuestro último amor según tu miedo, pero, tal vez, el primero según mi tentación de poeta solitario, en un tercer piso de un hotel particular, en un Paris sobrio que se te parece.

II

Es el atardecer. ¿Un año va a morir o un año va a nacer? Hay una casa antigua frente a la fortaleza del rey René y te veo. No puedes ser sino tu. No más de diez años, pero, tal vez, a comienzos del siglo, si no más. Vestido claro, fruncido. Un lazo en torno de la cintura y del pelo y un arco. Había olvidado que alguna vez supe de un juego que, tal vez, se llamaba « jugar al arco ». Tienes dos varillas largas en las manos. Las varillas al cruzarse y por un impulso que viene de vos, lanzan el arco hacia alguien, más lejos, que no alcanzo a ver. Tal vez, sí, me parece un niño, tal vez, de tus años, con traje marinerito, tan usual en estos tiempos y en ese medio.

Te aseguro, nada imagino, lo veo. Pensé que sería arriesgado dialogar con la niña, que mi inconsciente se volvería un potro desbocado y que se que estoy relativamente solo y que la locura me tienta en cierta forma. No es que tenga miedo de enfrentarte, pero cómo empezar. El muchachito te responde con apenas excesiva fuerza. Tu cuerpecito se estira, pero a penas tocas el arco que rueda hasta mis pies. Nos inclinamos al mismo tiempo. Tu mano derecha es pequeña y delicada y casi roza la mía. Sonreímos. Te miro, me miras. ¿Mis ojos te envían gotas de lluvia porque brillas como una planta de gomero en mi tierra lejana, lujuriosa y sedienta?

Tal vez, más que eso; tal vez, sea el rocío de un amanecer en el que yo estuve hambriento de conocerte, mi flor inesperada y no calculada sonriente y recordable.

Después todo pasa tan rápido... Jugamos con tus muñecas de porcelana en una gran habitación de paredes tapizadas en seda rosa viejo. Hay un tapiz que cubre el parquet, dominan los tonos verdes. Hay olor de cera y de tarta de manzanas. Sobre tu lecho hay un cubrecama difícil de describir porque parece un gobelino. Hay rayas verdes verticales y rosas y una mesa de luz con un velador de cuarto de niña, algo como de tul – no soy bueno definiendo telas – pero hay un fino lazo verde en terciopelo con un moñito juguetón. Yo me quedo callado. No se cómo jugar con vos. Espero que me des un rol, una orden. No me ignoras, pero casi diría que juegas sola.

En esa, tu casa, no hay ruido. Hay un silencio inquietante, no veo otras gentes. El muchachito de la calle se esfumó. Hay una casa de muñecas con luz y tres pisos y como cinco cuartos por piso. Allí sí hay personajes. Una gran cocina económica, como en los viejos tiempos y una empleada que amasa sin apuro y por la eternidad, un pan de yeso. Perdóname, no te digo que el pan está siendo hecho con yeso, lo pienso simplemente. En el salón hay un piano y una niña vestida como tú que parece estar tocando los ejercicios de Czerny. Hay una abuela con lentes en un sillón hamaca, en otro cuarto de la planta baja. Cerca de ella hay una rueca y creo que está hilando. ¿Los padres no están? En fin, que no los veo. Estás jugando sola y yo me siento torpe porque nunca supe jugar, pero te acompaño como puedo.

III

Dejar de sufrir, de soñar que voy a encontrarte otra vez y otra vez y otra vez. Dejar de caminar, ausentándome de mí mismo para seguirte y exigirle a Dios que me explique por qué no supe verte, amarte, esperarte, aguantar hasta entenderme a mí mismo.

Tuve mucho más que la mitad de la culpa. Te hice mal queriendo ayudarte y eso me pone triste y se me escapan las imágenes de nuestra felicidad en el hueco de la pena y la soledad que me acosa en cada rincón de mi cuarto, de mi lecho, de mi casa, de tu ciudad que no será nunca la mía, porque ya no estás. Es una ciudad muerta de lluvia. No hay pájaros. Los árboles se secan de abajo hacia arriba y se que no hay poemas que me despierten. Tuve un momento duro. Imaginé que estaba leyendo tus cartas y esa manera que tienes de cerrarlas diciendo: « quien brutalmente te adora ». Siempre pensé que era bellísima la frase pero me parecía excesiva. Ahora se que era verdad.

* * *

Anoche estuvieron comiendo en nuestra casa. Carlos y Ana, llegaban apenas. Sabía que vendrían. Tenían la piel dorada. Es verano en Buenos Aires. Venían de un enero en Miramar. Esperé que hablaran de vos. Supongo que habrás expuesto tus cuadros en la galería de plaza San-Martín. No se por qué no hablaban de vos, pero sí del Colón, de la última temporada de ópera, y también me contaron sobre los últimos libros y las piezas de teatro. Nada de vos. No puedo imaginar dónde estás. En un momento hablaron sobre la mujer de Alberto, no lo conozco pero la descripción respondía a la tuya. Te recuerdo que estamos envejeciendo y que podemos morir. Desearía que nos hundiéramos juntos en el abismo, cercados de nieve, durmiéndonos de la muerte dulce del invierno.

* * *

Tentación de poeta: creer que nuestros corazones pudieran cesar de latir al mismo tiempo. No, tú eres más frágil que yo. Yo te hubiera sobrevivido. « ¡Terrible, espantoso! », como dirías vos apoyando la mano derecha sobre tu pecho, suspendida la respiración y el horror desbordando de los límites de tus ojos dorados. Hay una foto tuya en el cuarto de baño con tu traje de karate. Tal vez, Ana lo haya visto, pero sin hacer comentarios.

Te compré una bata ceremonial blanca. Está en tu cómoda. Yo también tengo una. No las vestiremos para hacer sepuku, sino para beber té y después haremos el amor lentamente, sintiendo en los dedos la imagen total del otro amado. Ya se que no te gustan los amores lentos, pero podrías aprender a dejarte contemplar. Ana debe haber comprendido que te estoy esperando. Miraba con curiosidad los detalles de la casa, porque naturalmente todo lo he dejado en su lugar.

Sólo tendrías que comprar tu memoria para olvidar que me fui hace diez años.

Cuándo volví, no para quedarme sino para estar seguro de no habías partido, te habías marchado. Todo estaba casi en orden y digo casi porque encontré muchas lágrimas que aún no he tenido el tiempo necesario de guardar en finos frascos de alabastro egipcio. Carlos apartó algunas lágrimas para poder sentarse y Ana me sobresaltó cuando tomando una en su mano derecha me preguntó sin vueltas por qué estaban por todos lados como recién lloradas. Yo le respondí que eran recién lloradas y que yo las prefería así desparramadas aunque a veces las veo como el presentimiento de un diluvio que está próximo, que acecha.

Las paredes siguen blancas y tu lecho – quisiera yo – guarda algo de tu perfume, como si fuera un frasco mal cerrado. Y eso hablando de tu cuarto. En el mío no hay más perfume que el de los diarios y viejos libros de poemas o filosofía, textos raros, con historia, comprados donde pueden encontrarse,

¡textos raros!; ayer, era Plutarco: *Isis y Osiris*. Una prolija edición del siglo XVIII que un hombre debe haber leído a su mujer, tal vez, la madre de sus hijos, partes de ese texto en noches de amor casi serenas, santamente serenas. ¡Dios! ¿y nuestro cuarto? Con ese gran lecho que vino de la casa grande junto al río, tan duro como el camino empedrado que lleva al paraíso.

No puedo abandonarme en ese lecho. Tu cuerpo me acosa con su deseo insaciable. El lecho ha durado más que nuestro amor. Palabras de idiota. Nuestro amor es inmortal. Eso es todo cuanto pude comprender en estos diez años de distancia, en los que no he dejado de pensar y sufrir y temblar y añorarte y hacer simulacro de reflexionar. No hay nada sobre lo que se pueda reflexionar en un diálogo tan oscuro como este mío, en esta soledad. Yo dialogo con nuestro amor, que es más fuerte que nosotros, porque como no estás para contestarme, es lo único que me queda. Tal vez, si volviéramos a vernos, pudiésemos no reconocernos. O, tal vez, estés muerta, pero eso me extrañaría porque hubieras venido a contármelo.

IV

Haber sido ese hombre extraño que creíste te había amado una vez, el de los viajes, el que no se detenía nunca sino para juzgarte, entre dos aviones o para hacerte sentir como un trozo de madera. No me lo contaste, lo leí en tus cuadernos de viajes. ¡Siempre escribiste tanto! No sabré nunca dónde se termina en realidad la plaza San-Marcos y dónde comienzas tú a soñar.

Tal vez, sea cierto que lo encontraste en un carnaval de Venecia. No era italiano, era árido, sí, del país de la aridez. El quería siempre más, pero no tu cuerpo, no tu perfume, no, él quería algo que nunca tenías, algo más. A veces pienso que lo dejaste porque no te veía, él quería crear sobre ti, ponerte ropas extrañas para satisfacer sus fantasmas y por un hecho simple que yo bien comprendo, te hartaste y no pudiste más. El te dio miedo de envejecer. Nunca te vio cual tú eras con tu edad y tu frescura. Se había preparado a amarte por la eternidad y entonces para empezar a hacerlo se imaginaba tal como serías al pisar tu primer siglo.

La biblioteca de tu cuarto está llena de cuadernos de viaje. ¿Por qué no los llevaste contigo?

Tengo miedo de imaginar por qué los dejaste. Siento que querías que yo supiera quién habías sido antes de mí. En verdad debería haberlos leído sistemáticamente, dado que estaban en estricto orden, pero no pude. Busqué nuestro tiempo juntos. Las descripciones eran precisas. ¡Pero tus sentimientos! Nunca pude imaginarlos. Saber de mí a través tuyo me hacía tanto mal, me descompensaba tanto que lo cerré y lo guardé y tomé al azar ese otro cuaderno de tu vida anterior.

Y empecé a saber que uno puede condenarse de tanto ser curioso y que ya a ti te había condenado antes tu curiosidad, porque tu lo seguiste, porque su misterio te atrajo.

El te había hecho mucho mal. Era autoritario y tan celoso que tu vida de familia y de relaciones había desaparecido. El lo quería todo, pero estimo que no comprendió que al privarte te dejó vacía porque vos eras muchas cosas y no esa muñeca de trapo habitada por legumbres que al pudrirse te arrastraban. Pero él sí sabía contar cuentos de hadas y de castillos y de princesas, sólo que al final de sus cuentos había siempre un lugar para ti y ese lugar era el de la doméstica vestida con un espantoso y rústico delantal, o el de la servidora ligera y lujuriosa de un albergue de campo, donde un caballero y señor vendría con su caballo a reposar entre tus brazos.

V

Haber sido ese hombre que te fascinaba, que sabía contarte cuentos y viajar y viajar y transformarte en trashumante. Claro que el nunca amó tu cuerpo, pero sólo porque estaba celoso de ti, porque tu le robabas el centro del mundo y te convertías miméticamente en la protagonista de sus cuentos. Con él no tenías tiempo de pintar, ni de escribir. Pero no pudo destruirte porque tus pensamientos partían muy lejos, mas allá de la vida.

Yo lo se, él no lo sabe. Yo lo se porque te estoy leyendo y te estoy viendo escapar de entre sus brazos de misógino o andrógino, no lo se, para perderte con la imaginación en playas lejanas y anchas y doradas. Esbelta y perfecta, como esa romana del poema de Alfonsina Storni. Para encontrar el amor eterno, de un amante eterno, bellísimo y puro como tú y sediento como tú de ternura y silencio. Tus confidencias me quiebran. Siento tus orgasmos en mi sexo. Te siento ceñir mi sexo mientras leo las confidencias de tus frecuentes y felices viajes románticos e imaginarios hacia esa playa lejana y dorada donde te encuentras con ese amante lujoso, puro y casi adolescente que nunca existió en la realidad de un otro, pero que es esa parte de ti, esa proyección de tu ideal de hombre o de hombre ideal, que te pertenece.

¡Cuánto sufrimiento hubiese sido para otra mujer vivir con un hombre y no tener ningún hombre! Vos te resignaste como la mujer de un mutilado de guerra. Pero no, ni siquiera te resignaste. Lo viviste simplemente.

En todo caso habías aceptado el hecho de que fuera el último hombre de tu vida. Creo que tienes razón, que fue tan malo tu adorado « príncipe azul ». Era perfecto, él lo sabía todo y había leído en textos posibles sobre la sexualidad y el erotismo y había corrido muchos caminos buscándose en la orgía, tanto como en la mística, y leído textos tántricos y otros como para dominar sus erecciones. Como si ese reflejo pulsional fuera la expresión única del ser viviente varón.

Hubiese sido el hombre ideal para una mujer histérica y glacial, que lo sedujera y le mintiera una pasión muy lejos de vivirla realmente. No para ti, que te estiras ardiente sobre el lecho, sin más fantasma que los ojos del amado. Admirando con plenitud al hombre que te posee, amando fuerte y agradeciendo en gemidos el placer compartido.

Me pones triste. Sola en una piscina sobre el Mármara, el corazón soñante y el cuerpo ardiente. Mientras, en su cuarto, él descansa en su hastío de amarte sin pasión. Te quiso. Lo se, tal como yo te quise. Los dos te perdimos. Te dio lo mejor y también yo. Sólo que fuimos hombres a problemas.

Anoche me desperté porque gritabas. Perdóname, debería haberte despertado con besos pero no te encontré ni en tu cuarto ni en el mío, ni en el nuestro. Siempre tienes pesadillas.

Me dijiste que había un toro que atravesaba con sus cuernos la puerta de un ómnibus parado en una estación de campo.

VI

Gritarte que no te equivoques más. Te leo y te veo erguirte gozosa en el paroxismo de tu curiosidad. Descifras la forma de las nubes. Ver una pareja o una mujer con su hijo en los brazos. Se que no lo imaginas porque me enseñas las formas y yo no puedo negarte que también las veo. Pero viene el viento separando la pareja y a la madre de su hijo. No te equivoques más. No sufras tanto, son nubes simplemente. Pero no para ti. No encuentras ni tu lápiz, ni un papel para inmortalizar la escena. Tu inmenso saco está vacío de los útiles necesarios para inmortalizar el instante y te me vas muy lejos a buscar ese amante perfecto, que te prometo que no existe. Vas hacia tu playa, esa inmensa playa distante en la que nunca lo tuviste. El no existió, no existirá, no es de este mundo. No tengo celos de nadie, pero sí de él porque se que lo estás viendo apartar las medusas de tu paso. Tal vez, me equivoque, pero lo imagino como un adolescente, tal vez, sea tu propio hijo. El único que no te atreverías a hacer tuyo. Alguien lindo como vos no puede ser sino tu padre o tu hijo. Nadie puede amar tanto a otro que no sea sino una parte de sí mismo.

* * *

Me preguntas qué pasara después de la muerte. Si volveremos a encontrarnos. Yo no lo se, no lo se, no lo se y te digo basta y te obligo a volver, pero ya no es posible por qué buscar la verdad y no puedo seguirte y también se que no puedo dejarte sola. Los campos están amarillos, los trigales revientan de granos. Han pasado 2000 años desde que el faraón soñó las espigas de los siete años de abundancia y todos están muertos y todos buscaron la verdad y te empecinas en saber. Lo único posible de conocer y de aceptar es que estamos juntos hoy y que a las nubes las deshacen los vientos y que un día, te prometo para que no estés triste ahora conmigo y entre mis brazos, llevaré plantas de almendro en flor a la tumba de tus sueños, para que creas que la nieve ha llagado y que debes dormir y esperar la primavera para renacer.

* * *

Hay un cristal. La noche se vuelve profunda y fgoza. Rompemos el tiempo y te quiero.

VII

Saber la verdad. Me hago preguntas. Ese domingo te volviste de pronto, buscando algo que yo no veía. Estabas como iluminada. Atravesamos el puente. Me llevaste hacia la derecha, sin vacilación hacia el n° 19, quai Bourbon, en la Ile St-Louis. Había un hotel particular, lo hay. Tal vez, estuvo siempre, estará siempre y, tal vez, volveremos juntos de alguna manera, en otra vida, como tus pasos seguros pareciendo afirmar la existencia al menos de otra vida anterior en ese lugar. Tentación de ser el único en todas tus vidas. Pero me cuesta eso, dudo, no se. Como no se dónde estás y necesito hacerte tantas preguntas, cada vez más preguntas.

Me dijiste... fue un dialogo loco. Hablabas como alucinada. Yo no tenía miedo, te seguía. Ya estuvimos aquí, en el primer piso, es una noche de fiesta, miro hacia abajo. Mis escarpines son rojo profundo, casi borgoña y tienen lazos de terciopelo. Y siempre mirando hacia abajo, veo la falda al tono de mi vestido de fiesta.

Tal vez, sea una despedida. Hay ruido de fiesta. Las paredes son verde Nilo. Descendemos ¿Quién desciende? Tú y yo, tú vas a partir, otra vez hacia la América.

– ¿Qué tendría yo que hacer en América?

– Hiciste. Vas a partir otra vez. En principio tienes que volver y vamos a casarnos con pompa. Creo que estás a mi lado en el balcón. El Sena está crecido, es verano.

– ¿Qué estamos haciendo aquí?

– Hay que entrar en esta casa, hay que entrar, vas a encontrarte.

No tengo miedo, te sigo, pero siento lo mismo que con esa niña en esa casa sin gente, cuando esperaba que me dijeras cómo jugar con ella. Te sigo. La puerta se abre. La puerta pequeña inserta en el portal. Hay un patio empedrado y muchas plantas. Miro hacia la derecha. Al fondo hay otro cuerpo de edificios. A través de la ventana, aunque estén cerradas, veo paredes color verde Nilo. Avanzamos unos pasos, más pasos. Es el final del verano. Hay hojas ya caídas de los árboles y de pronto en el centro de la umbrosa vegetación, hay como nacida de las entrañas de la tierra la estatua del aborigen, los brazos abiertos y las cadenas rotas. Es una estatua americana.

– ¿Qué hace esa estatua en el patio del n° 19 de un hotel particular de l'Ile St-Louis?

Te vuelves, me miras sabiendo que debo reconocer contigo que tenías razón.

– ¿Ves? La trajiste. Tú la trajiste hacia el año 1900.

* * *

Yo no te digo nada, tu fantasía me espanta y me alegra, me siento al fin jugando contigo, implicados en una misma aventura y así salimos hacia la derecha por otra puerta, buscando en una librería un documento para saber algo sobre ese número 19, del quai de Bourbon, en una librería pequeña color de humedad y olor de libros viejos. Encontramos la información que allí vivió un antropólogo francés, quien partió a la América del Sur en 1912, trayendo a Francia la reproducción de la estatua del aborigen. No estaba registrada en ninguna parte la fecha de su regreso, ni tampoco de su muerte.

No hay mucho que creer o no creer, es como la historia de las nubes. Tal vez, veas cosas que no veo. Tal vez, sepas cosas que yo no había logrado ni siquiera intuir y que me parecieron rigurosamente falsas.

* * *

La noche cayó de pronto. Íbamos caminando en silencio sobre el costado izquierdo del Sena. Yo sentía como siempre que tenías un cierto pánico cuando la noche se aproximaba, y había que volver a casa y el fin de semana se terminaba brusca y simplemente, comiendo como todos los humanos. Yo lo sentía, era físico. Como si algo en vos expresara lo irremediable, lo efímero. Entonces quería entretenerte. Te acostabas muy tarde, te ponías a pintar. Hacia la media noche te inquietabas.

* * *

Salimos sobre la terraza, había estrellas y ese luminoso cielo rosado de París que parece anunciar un paisaje no-trágico hacia la eternidad. Yo se que deseabas que el día volviera pronto.

– ¿Te acuerdas, me dijiste, de esa estación, de una gran estación? ¿Te ves?

– No muy claramente.

– Acuérdate, tienes que acompañarme, acuérdate.

– Más, más.

– Es una gran estación, con la cúpula muy alta. Como la estación Constitución de Buenos Aires. Hay muchas vías que se cruzan. Sentí el olor, recuerda. No se si es Constitución o Hamburgo, no se. ¿Te estás viendo? Hay un tren parado en el andén. Tienes un traje fil-à-fil gris, cruzado, y yo un vestido azul con una lindísima pechera blanca y el pelo corto en ondas, prolijamente marcadas que asoman sobre las mejillas, bajo un sombrerito. Hay viento, olor a estación. Es el año 1912. Te abrazo. Ese tren te llevará hacia un puerto, Hanover, tal vez, y de allí a América. Tengo miedo en las tripas. No se porque temo que no vayas a volver. Abres la portezuela del tren en el último instante, y te vas. La estación no se derrumba, pero ya no tengo ruta de regreso hacia ninguna casa.

* * *

Tentación de poeta: hacer que el tiempo se invierta volver a esa noche de la fiesta de despedida en el quai Bourbon y fundirnos en las piedras de los muros de la casa hasta volvernos piedras y ser un poco más eternidad.

VIII

Anoche soñé con un toro que atravesaba la carrocería de un ómnibus que estaba estacionado en un lugar que no conozco. Pero ya tengo suficiente con el tema de los sueños. Vuelvo a Ana y a Carlos. Estaban naturalmente en el lugar del cuarto comensal, el cual debía llegar de un momento a otro. Afirmé entonces que te estaba esperando, que podías llegar, que no era posible buscarte al aeropuerto porque nunca se sabía ni la hora de tu llegada, ni el número de tu vuelo. Le conté que estabas en Chipre turco, pintando la montaña de los cinco dedos que miran al cielo, y que la tarde anterior habíamos estado en Nicosia tomando café turco y que seguíamos viviendo cerca de Guernée sobre la playa de Denise Keese.

Yo no tenía la piel bronceada. Ana me hizo notar que eso no era posible porque el sol es eterno allí. Yo le afirmé que no era así, que los que son eternos son los jazmines en flor, que cuando la noche cae embriagan el aire con su perfume, y que esa noche había música griega y que intentaste enseñarme a bailar como Zorba; y que por eso no estaba bronceado, sino blanqueado de luna.

Les mostré algunos de tus proyectos de cuadros sobre todo los de antes de ayer, sobre la playa. Me dibujaste con un aire casi loco, con un sombrero de paja. Ellos me dijeron que yo tenía un parecido con Van Gogh, y estaban los otros dibujos: el kiosco con toldos verdes sobre la playa en la altura donde solemos almorzar, y el de esa mujer que se perdía hacia el Norte llevando una niña de la mano.

* * *

Hacia las once los percibí como inquietos o fatigados. Ana retiró tus platos y los amontonó junto a los otros en la pileta de la cocina. Naturalmente no les dije que el taxi vino a buscarme a Denise Keese cuando era todavía la noche, hacia las cuatro de la mañana. Había una intensa bruma, muy intensa. Debemos haber atravesado el famoso cordón de montañas para alcanzar el aeropuerto. Había tanta bruma. No se a quién le tendí el billete de avión, pero alguien me lo tomó. La bruma estaba también en el avión. Había una música rara, como de pájaros que se despiertan en un amanecer, del que, sin embargo, no desean para nada participar. Verdaderamente, no se cómo llegué a casa. Parece que la bruma vino conmigo y los pájaros también, porque en el departamento había mucha bruma y aún había muchos pájaros dormidos en las arañas. Tuve que abrir la ventana y empujarlos y al fin se fueron, con un batir de alas sorprendido. Me dormí como pude, tratando de recuperarme de ese viaje tan lleno de bruma. Naturalmente dormí en mi cuarto.

* * *

Sólo el gesto habitual de preparar el café me permitió insertarme otra vez en el tiempo, y las cartas que pasaron por debajo de la puerta. Hay como todos los martes una dirigida a ti, ahí están acumuladas junto a tus cuadernos. Es alguien que no debe ignorar que estamos juntos y que apenas anteanoche estuvimos comiendo en la abadía de Bella-Paesse y que tenías el famoso vestido coral que nunca te has podido sacar. No comprendo esa historia, pero parece que está adosado a tu piel, es como alas, entras con él en el mar, cuando sales está pegado a tu cuerpo, y cuando avanzas dos pasos entre los jazmines parece secarse, abrirse y resplandecer como una flor no-caduca, alimentada en una fuente de eternidad.

Cerré la puerta tras Ana y Carlos, pude comprobar que las ventanas estaban cerradas, que no había bruma, ni pájaros en las arañas. Caminé unos pasos sin destino y una voz en mí preguntó: «¿Y ahora qué?».

* * *

El tapiz de la entrada se está gastando. Tendrás que repararlo o hacerlo cambiar. No se por qué se gastó tanto; no hay mucha gente que entra y sale. Pero, tal vez, sea yo, quien va y viene sobre ese tapiz junto a la puerta de entrada.

No tuve interés de ponerme a leer. Ni siquiera poner música, porque todo ruido nos molestaba, todo sonido que no fuera tu respiración y la mía. Te dormiste muy pronto, pero yo pensé que no dormías sino que estabas pensando, en silencio, inmóvil para no molestarme e inquietar, porque mi lecho es muy pequeño para contener ese cuerpo sobredimensionado que es el tuyo.

Vuelvo al sueño. ¿Qué quiere decir esa imagen? ¿Ese toro embistiendo ese ómnibus de turistas sin alma, sin turistas y parado en una estación polvorienta de la que nunca salí y a la que nunca podré llegar porque la desconozco?

IX

Una posible alternativa:

Aceptar tu proposición de eternidad...

Hecho en Paris, marzo 1994.

La lluvia ha cesado.

La Tía

Eran cinco hermanos, ella era una santa, cantaba Gardel hacia los años treinta, pero eran más de cinco hermanos, ella fue más que santa, estoica. De lo que recuerdo, había cuatro varones.

Héctor murió joven, Gallo también en un accidente, Euclides muchísimos años después de enfermedad y Luis más tarde aún de edad.

Y tres hermanas mujeres. A la primera se la llevo la tuberculosis, que en esos tiempos terminaba mal. Aunque casada, no dejo hijos y las otras dos ignoro por qué no engendraron. Rosa había sufrido tanto de su condición que debe haberles infligido el espanto de reproducirse.

Se llamaba Alba.

Quedarían entonces sólo tres mujeres de la familia originaria, porque el marido de Rosa murió joven, después de haberle llenado las faldas y el alma de hijos. Fueron pobres, tal vez hayan sufrido, pero no lo mostraron nunca; la dignidad había nacido con ellas en una casa grande que nunca conocí, con patio y jazmines y heliotropos.

Las dos hermanas guardarán las manos verdes hasta la eternidad donde irán sin duda a alegrar los austeros senderos—del paraíso que todos deseamos alcanzar—plantando jazmines en un verano permanente y ganando hectáreas al purgatorio para sembrar papas y maíces dorados y sin duda trigo para hacer pan.

Osa murió el mismo día que Pablo Picasso.

La asociación entre los dos parece caprichosa, pero no lo es. Rosa fue una artista que nunca fue conocida, muy pronto se encerró en su casa y no salió más; tuvo un cambio de domicilio forzado y cuando después de 20 años de estar enclaustrada, la sacaron para llevarla a la ostra casa, aunque se mareaba, descubrió un Buenos Aires que no sabía que existía, y eso fue todo lo que necesitó saber del mundo de afuera. En la primera casa, que yo conocí para llegar a la puerta de entrada, que ni siquiera daba a la calle sino a un corredor, había una escalerilla que Rosa bajó, mientras pudo, con su bastón, para mirar pasar la gente; era sociable. La hija menor, Lucrecia, vivió siempre con ella, aunque estaba casada. La mayor, Zulema, no, porque tenía marido al exterior, casa propia y alejada de la de su madre.

Las dos muchachas eran hermosísimas, de una suprema esbeltez.

Lucrecia quedó siempre un poco niña, inocente y poseedora de generosidad, aprendió el braille para escribirle a una sobrina ciega. Siempre hacía regalos, venía a casa trayendo bizcochos y cuentos.

No engendraron, pero Rosa se les había metido en las entrañas y aprendieron a amar sin límites a los retoños de los otros.

El asunto con Zulema, la tía, es que tuvo sobrinos, sobrinos nietos y sobrinos biznietos, tal vez llegue a tener aún más, no lo sé; parece pertenecer al no tiempo.

Ella tuvo siempre la costumbre de leer muchísimo, hacia los ochenta, dejó de hacerlo con anteojos porque se le rompieron.

Tuvo un buen marido, algo cabeza loca, que le legó propiedad, pero no pensión. A los ochenta y dos, se trabajó ella sola, luchando tenazmente contra la insólita burocracia argentina, una jubilación como acompañante. Creo que parte todos los días a visitar a sus enfermos, los cuales tienen como incapacidad básica la edad.

Son gente de su generación, más jóvenes que ella, pero a ellos los atacó el tiempo porque tal vez no hicieron mucho más que contemplarse el ombligo, mientras ella se rompía el lomo para recibir y amar y conversar y dar placer a su marido mundano y a los hijos de sus sobrinos.

Al evocarla es difícil usar tiempos de verbo: ¿fue? ¿es? ¿será?

París, enero 1994

Jugar

